

FELIPE PIGNA

*Conspiración
en
Londres*

Un rey borbón para
el Río de la Plata

NOVELA

 Planeta

FELIPE PIGNA

Conspiración
en
Londres

Un rey borbón para
el Río de la Plata

NOVELA

 Planeta

CABEZA DE MUERTO

En un alto en el camino entre Ayohuma y Potosí, se preguntaba el hombre rubión, afiebrado, muerto de frío y rabia, “¿Cómo llegué de la Universidad de Salamanca, de mi medalla de oro, de la dispensa papal para leer los libros prohibidos, de ser el doctor Belgrano, de los cómodos y sensuales salones europeos, de ser el honorable secretario del Consulado de la benemérita Buenos Aires a este general derrotado y desarrapado en medio de estos desiertos?”.

Nadie, empezando por él, responde, solo el viento helado le devuelve algún sonido. Monta sobre sus dolores y el lomo del animal y sigue casi sin pensar su camino, su destino. Lo único que lo alienta es la decisión de esconder, de salvar ese pedazo de patria que lleva entre sus ropas, en el pecho, esa bandera que nació mal parida en Rosario y que le valió el reto del secretario del Triunvirato, Rivadavia. Ahora es mucho más que un trapo, es la que flameó en el éxodo jujeño y en los triunfos de Tucumán y Salta. La buscan tanto o más que a él los enemigos, los godos que le vienen pisando los talones. Sabe que tiene por delante cien leguas por caminos durísimos, llenos de una belleza que ahora no puede ni quiere apreciar. Necesita llegar a Titirí. En esas soledades imponentes piensa si no sería mejor estar muerto, tan muerto como Gaona y Alderete y otros tantos que cayeron en los campos de Ayohuma, por su culpa. Ahora, se anima y se dice, “por mi

culpa”. Solo le da coraje la misión que se autoimpuso y las ganas de encontrarse con su admirado San Martín.

Mira su reloj y se da cuenta de lo poco que importa el tiempo en esos parajes, excepto para saber que si no se apura lo va a sorprender la noche helada o el enemigo. Nada ni nadie tiene apuro, todo es eterno o efímero, da igual. Este objeto de oro es casi lo único que le queda de su pasado, de esa civilización que se imaginó para todos, los ricos y los pobres, los indios y los “españoles americanos”. Se le dibuja una sonrisa cuando se acuerda de aquel reglamento que escribió para los pueblos de las misiones de diciembre de 1810, que le daba la igualdad a los naturales guaraníes, sus cabildos, sus escuelas, el reconocimiento de su trabajo y el respeto de su idioma. ¡Como se le enojaron los “revolucionarios” de Buenos Aires! Sigue pensando que fue de las mejores cosas que hizo. Y ahora, en ese camino americano, indio, los ve. Ve a las mujeres cargadas con sus guaguas en las espaldas, con su dolor eterno, casi resignado.

Se pregunta si tiene sentido seguir revisando esas cuestiones o debería dedicarse a evaluar aquello que viene evitando. “¿Quién fue el responsable de tanto desastre?”, piensa mientras mira cómo algunos soldados delante de él se esmeran para no despeñarse en esas quebradas filosas. Ya no sabe si valió la pena tanto rigor, y sobre todo le mortifica pensar en lo inútil y costoso que resultó sancionar al juerguista de Dorrego, uno de sus mejores oficiales, el héroe de la victoria en Tucumán. Y sí, lo admite, con Dorrego en el campo de batalla esto no pasaba. Pero no le sirve de mucho decirse eso ahora cuando el camino se hace cuesta arriba y su caballo ya le ha dado claras señales de no soportarlo más.

¡Cómo es la mente! Y cómo es la nada de estos paisajes que solo te invitan a recordar. Recordar la gloria de los triunfos, de esa impresionante

batalla de Salta en la que se sintió morir y llegó a escribir casi un testamento, para luego cometer el tremendo error de liberar a los prisioneros. Lo traicionó su piedad cristiana con los que se decían portadores del catolicismo y la buena fe. No habían pasado ni dos meses y ya se estaban preparando para la revancha los muy canallas. Tristán el primero, su “compañero” en las aulas de Salamanca, tan americano, liberal y rebelde como él. Pero lo que no se perdonará jamás es que fue él, el doctor Belgrano, quien demoró la ofensiva cuando tenía todo para destrozarlos.

Ya no estaba Tristán, el nuevo enemigo se llamaba Joaquín de la Pezuela, un madrileño de una familia “hidalga” de Santander, que avanzaba sobre los campos de Vilcapugio. Él había armado sobre un papel la batalla ideal basada en la sorpresa, pero el jefe español había interceptado su correspondencia y conocía todos sus movimientos. Solo tenía que esperar el ataque “sorpresa”. El combate, gracias al increíble coraje de los escuadrones de criollos e indios, comenzó siendo claramente favorable a sus tropas hasta que, nunca sabrá por qué, el mal parido de Echeverría llamó a retirada redoblando sus tambores. Nadie sabía muy bien qué hacer, salvo Pezuela y sus comandantes, que aprovecharon la ocasión para dar vuelta la batalla y alzarse con el triunfo. En el campo, entre los inútiles alaridos de los malheridos y los muertos, muchos más muertos del rey que del ejército patriota, quedó gran parte de su parque de artillería. No pensaba en los retos que sin duda sobrevendrían, tampoco en la degradación que ya le importaba poco, pensaba en esos muertos, en los heridos que no pudo salvar y en los prisioneros que iban a recibir el clásico tratamiento de los ejércitos del rey: un viaje interminable de miles de leguas hasta la prisión en las casamatas del puerto de El Callao, en Lima, para sufrir más condenas y tormentos.

Después de Vilcapugio llegó como pudo a Macha con los sobrevivientes y logró rearmarse gracias a los refuerzos que le fueron aportando Eustoquio Díaz Vélez, Cornelio Zelaya, Doña Juana Azurduy y su compañero Manuel Padilla. No había tiempo que perder, sabía que Pezuela había levantado su campamento en Condo Condo y avanzaba hacia Ayohuma. Antes de emprender la marcha ordenó dinamitar la Casa de la Moneda de Potosí. Un comando patriota la llenó de barriles de pólvora y cuando faltaba encender la mecha, un tal Aguada, un traidor de los que nunca faltan, apagó la mecha y frustró la operación. La noticia lo puso de muy mal humor. Le quedaba poca de esa paciencia que tanto le elogiaban y que le hubiese venido bien para escuchar a sus oficiales que le aconsejaban esperar. Díaz Vélez fue el primero en animársele y traerlo a la realidad: solo tenían ocho piezas de artillería, malas y pequeñas. Propuso volver a Potosí a esperar los refuerzos. También habló Perdriel, que planteó marchar hacia Oruro. Era una pésima idea atravesar esos caminos, de por sí intransitables, a comienzos de la estación de lluvias. Los escuchó, pero sabía que la espera le jugaba en contra. ¿Hasta cuándo iba a poder contener la dispersión y la deserción de aquella tropa malpaga y desmoralizada? Tomó la palabra y les dijo que tenían una caballería de 3400 hombres que doblaba a la del enemigo y que conocía mejor el terreno. La decisión estaba tomada: esa misma noche saldrían de Macha para la pampa de Ayohuma a madrugar a los españoles. Aunque no era momento para discursos, probó con uno: “Yo respondo a la Nación con mi cabeza por el éxito en la batalla”. No pensó en lo difuso y lejano que resultaba para aquellos hombres la palabra “Nación” ni en lo que podía importarles de verdad su cabeza. Algunos, los indios armados con lanzas que lo

seguían, sabían que Ayohuma, en su idioma, significaba ni más ni menos “cabeza de muerto”.

Llegaron a aquella inmensa pampa el 9 de noviembre de 1813. Miró para todos lados, hasta donde le daba la vista, y decidió ubicar la artillería en una línea entre el campo y la ladera de las montañas. La formación parecía sólida. Allí estaban los Dragones de Diego Balcarce; dos batallones de Cazadores al mando del mayor Cano; los Pardos y Morenos bajo las órdenes del coronel Superí, y otros dos batallones que obedecían al mayor Benito Martínez y al coronel Perdriel. En el flanco izquierdo se posicionó la caballería al mando de Zelaya y en la reserva, tres compañías de infantería y dos de caballería con lanzas.

Cinco días con sus noches se quedaron esperándolos, hasta que el domingo, cuando estaba amaneciendo, los vieron en lo alto de la montaña. Bajaban con dificultad por una cuesta muy escarpada, que solo les permitía avanzar en filas de tres. “Es momento de atacar, mi General, no hay que darles tiempo para que se organicen”, le dijo Lamadrid. Pero él quiso esperarlos en donde estaban y le dio la orden de que los dejara bajar. Los atacarían en el llano para que ninguno pudiera escapar.

Nunca se percató de que, durante su larga travesía por las cumbres, Pezuela y los suyos ya hacía varios días que los habían avistado y se estaban ubicando para atacar.

Esos realistas que ellos veían en la cima, como sombras recortadas en el paisaje, eran unos pocos, un pequeño pelotón. El grueso de las tropas se venía atrincherando en el fin de las lomadas, que les permitían mantenerse ocultas, mientras que otro grupo se había ido escabullendo para ocupar un cerro, a espaldas de donde él estaba con su ejército.

El enemigo apareció de pronto en la llanura, por donde no calculaban, y abrió fuego. Los sometió a un cañoneo feroz y sin descanso sobre la posición en la que estaba con sus hombres, sin darles tiempo a nada. Sus soldados empezaron a caer, barridos por los bombazos de la artillería española, compuesta en gran parte por los cañones y municiones que les habían quitado en Vilcapugio. Se apuró, tarde, a ordenarles a sus tropas que cambiaran la formación, quiso hacerlas virar, pero lo único que logró fue que se desbandaran.

A la dispersión patriota el enemigo respondió avanzando decididamente por el frente, abriendo fuego y atacando también por el flanco con las fuerzas que ocupaban el cerro y habían permanecido escondidas. Les dio a sus infantes la orden de seguir adelante. No podía creer lo que veía: el coraje con el que se lanzaron a atravesar el campo de batalla bajo una terrible oleada de balas de la fusilería y los cañonazos que partían al medio a más de uno. Iban a bayoneta y a grito pelado. Muchos resistieron hasta la muerte. Otros cientos fueron heridos o tomados prisioneros. No quería acordarse de aquellos que habían abandonado sus armas y se habían lanzado a correr con el miedo estampado en la cara.

Dio por perdidas las formaciones del centro y la derecha, pero todavía le quedaban los regimientos de caballería guiados por Zelaya y Díaz Vélez. Una y otra vez sus jinetes volvieron a la carga para embestir a los españoles, que necesitaron dos batallones de infantería y un cañoneo sostenido para rechazarlos.

Vuelve sobre su reloj, y recuerda que fueron siete horas de combate. De lucha heroica y feroz de hombres y también mujeres, como su querida capitana, María Remedios del Valle. Hubo algunas mujeres y

niñas que, sin portar más armas que paños y cántaros, se aventuraron en el combate y esquivaron las balas para auxiliar a los heridos o darles agua cuando el calor del mediodía se volvió insoportable.

Lograron salvar a parte de la infantería, pero no a José Cano y José Superí, que fueron abatidos. A punto estuvo de perder también a Julián Paz, héroe de Tucumán y Salta, que después de que le mataran el caballo anduvo a pie en ese infierno de balas y peligros, hasta que su hermano José María volvió atrás y logró rescatarlo con los realistas pisándoles los talones.

Pero cuando los españoles los rodearon y quedaron entre dos fuegos, ya no hubo nada más que hacer. Era el fin. La derrota.

Cabalgó hasta una lomada pedregosa y desde allí enarboló la bandera celeste y blanca mientras ordenó hacer sonar los clarines para reunir a los dispersos, que no llegaban a quinientos. Una emoción extraña, agridulce, lo inundó. Una mezcla de rabia, miedo y culpa, que le cerraba la garganta. En esa pampa del infierno habían quedado más de trescientos soldados muertos, doscientos heridos y seiscientos que habían sido tomados prisioneros.

La retirada para salvar lo que restaba de su ejército y su propia vida fue caótica. Los enfurecidos realistas los persiguieron sin dar tregua, y Balcarce, Zelaya y Díaz Vélez tuvieron que protegerlos y soportar más horas de fuego para que no los abatieran por la espalda. Se estaba poniendo el sol cuando lograron quitárselos de encima y emprender la triste marcha hacia Potosí.

Allí, pudieron quedarse apenas un par de días. En cuanto supo que los realistas estaban demasiado cerca, resolvió volver a Jujuy con los hombres que le quedaban para esperar allí los refuerzos de Buenos

Aires. A poco de salir, se desvió del camino con un puñado de soldados para hacer su diligencia.

* * *

Dieciocho leguas llevan trastumbando cerros, cabalgando con el peso de esa derrota sangrienta sobre la espalda y la bandera sobre el pecho. En cada rebote de los caballos vuelve el miedo de ser interceptados por el enemigo, hasta que la segunda noche llegan por fin a Titirí, una pequeña aldea en medio de un paisaje desértico. Más cerros, pajonales y llamas. Les da a sus soldados la orden de detenerse para descansar, y él se apea de su caballo para ir a golpear a la puerta de la casa parroquial, que está junto a una capilla de piedra.

Un hombre cubierto por sombras abre la puerta y lo hace pasar sin decir una palabra.

–Amigo, qué gusto verlo y saber que está a salvo.

Belgrano le estrecha la mano. Fray Juan de Dios Aranívar es un aliado del ejército patriota y su amigo desde que tuvo su cuartel en Macha.

Después de tomar el vaso de vino caliente que le convida el párroco y hablar brevemente de las desgracias de Ayohuma, el General le explica que tiene que pedirle un gran favor y que no tiene demasiado tiempo.

–Los realistas andan por todos lados y tenemos que llegar a Jujuy.

–Diga qué necesita...

Belgrano se desabotona la chaqueta y saca la bandera que guarda doblada sobre su pecho.

–Es nuestra bandera. La de las Provincias Unidas del Río de la Plata, a la que le juramos lealtad. No puedo permitir que caiga en manos del

enemigo. Necesito que la guarde en un lugar seguro hasta que expulsemos a los españoles de nuestra tierra y podamos hacerla flamear en lo más alto.

El fraile se queda contemplándola. No entiende bien qué es ese pedazo de tela, pero sabe que para Belgrano es algo valioso y la toma con cuidado. El paño de seda celeste y blanco tiene unas manchas que le parece son de sangre. Imagina el peligro que puede representar tener ese símbolo de insurrección y rebeldía, y empieza a mirar a su alrededor pensando dónde puede esconderlo. Luego va hasta una puerta que está a un costado, la abre y le hace una seña a Belgrano para que se acerque. Ambos caminan por un pasillo oscuro hasta que tras la pálida luz de la vela ven crecer las sombras de la capilla. Apenas entran en el recinto de piedra, Belgrano se persigna. El párroco se acerca al altar mayor y levanta el candelabro para iluminar un cuadro de Santa Teresa.

–Ayúdeme a descolgarlo. Vamos a guardar su bandera aquí atrás, donde va a estar a salvo. Ella la va a cuidar –dice Aranívar con voz secreta, casi apagada, señalando a la santa.

El cuadro pesa y les cuesta bajarlo. Tiene un marco de madera rugosa y algo carcomida.

Belgrano se apresura a enrollar la bandera y juntos la acomodan en la parte de atrás del cuadro, sobre uno de los bordes del marco.

–La dejo a su cuidado –le dice al clérigo cuando vuelven a ubicar la imagen de la santa sobre el altar.

El cura le ofrece una habitación para descansar y Belgrano le agradece, pero desestima la invitación. Prefiere no sembrar sospechas y reunirse con sus soldados. Le pide en cambio quedarse un rato en la capilla. Necesita rezar. Estar con su Dios que todo lo comprende.

La despedida con el fraile es efusiva.

Cuando sale, la primavera siempre demorada en las noches del Altiplano hace sentir sus rigores. Las estrellas son tantas que el cielo parece blanco. Tiene frío. Siente los pies entumecidos dentro de las botas.

Sus hombres armaron una fogata junto a un árbol espinoso y están sentados en ronda, tomando mate. De lejos escucha que hablan de ánimas y aparecidos.

Cuando se acerca a los leños crepitantes en procura de abrigo, hacen silencio. Uno de ellos le extiende el mate. “Está espumoso todavía”.

El calor que le pasa por la garganta pronto se expande a todo el cuerpo. No va a rendirse. No esa noche. Nada dejará por hacer para extinguir la tiranía y por la felicidad de la patria. En las revoluciones y en las que no lo son, el miedo solo sirve para perderlo todo.

Vuelve a subirse a su caballo para reiniciar la marcha sobre ese territorio áspero y desolado como solo Dios pudo concebirlo. El animal va cansado y él también. Cada tanto alguno de los hombres que lo acompañan lanza alguna maldición. La espina de un cardo, una piedra que los hace tropezar y amenaza con desensillarlos. Lo demás es solo galope y silencio. El alivio viene cuando escuchan ladrar a los perros. Eso anuncia que hay una posta cerca. Ahí se van a detener algunas horas.

En el patio del rancho, sentados sobre cráneos de vacas o en cuclillas, sus soldados se atragantan con lo que les sirven: maíz cocido y los menudos de una oveja. Hablan bajo, pero se hacen tiempo para las bromas y alguna carcajada ahogada que busca contrarrestar el cansancio y el miedo.

Él se acuesta pronto en su jergón, bajo techo. Apenas cierra los ojos llega el recuerdo. El olor a carne quemada, los gritos, el gusto a

tierra en la boca. Ayohuma suena ahora a maldición, pero a él no le gustan esas cuestiones. Es un hombre de fe, y no va a dejar que nada doblegue sus creencias.

A la mañana siguiente retoman la travesía por ese campo de desgracias. Hay una luz tan pura que incluso el polvo parece nuevo. Otra vez a andar bajo ese cielo, ancho como el horizonte. Otra vez el repaso metódico de la derrota para encontrar el error.

Taconea la panza del caballo para alejarse de sus pensamientos, que se empeñan en volver. No le alcanza la culpa de no haber sabido resolver la situación, haber actuado ante circunstancias apuradas y haberse expuesto siempre a las balas. La segunda catástrofe, Ayohuma, es la sangre de sus hermanos, el clamor de los heridos.

“Retirarse era perderlo todo”, masculla, tratando de convencerse. La suerte de la guerra le había sido desfavorable, pero sigue siendo imperioso salvar la revolución y esa bandera. Y no quiere, no es hora de apuntar al gobierno de Buenos Aires y su abandono a la causa. Ahora solo está él y ese sol que lo enseguece. Un sol que no perdona.

Cuando al día siguiente llegan a Jujuy, siente que ya no puede más, que su cuerpo pide a gritos un descanso y su mente también. Antes de entrar en la tienda de campaña, mientras se sacude las botas llenas de distintos barros, lo sorprende la presencia de Paz, que se apura a darle un oficio del gobierno de Buenos Aires.

—Mi General, ya se enteraron lo de lo ocurrido en Ayohuma. No haga caso de lo que dicen, ya sabe cómo son —le murmura por lo bajo, antes de dejarlo solo.

La luz es escasa, así que busca el candil, se desabrocha la chaqueta y se encorva sobre los tablones que le sirven de mesa. Extiende el oficio

y, mientras lee, mueve la cabeza despacio, de un lado a otro, y se dice: “¡Qué hijos de puta!”.

Hunde los dedos en su pelo rubio ceniciento, todavía duro por el polvo del camino, y se sienta en el catre. Cierra los ojos.

El parte del Triunvirato anticipa lo que va a venir. Le dan un trato frío y despectivo, lo critican solapadamente.

—Estos que se llaman patriotas mientras están bien descansados y disfrutando de comodidades, culpan de todos los males al Jefe que pierde. No soportarían ni un tercio de lo que soportó nuestro ejército — murmura entre dientes. Anduvo leguas revisando sus errores, cuando su mayor error fue haber creído que todos pensaban como él y que tenían la misma decisión de morir antes que ser esclavos.

En los días siguientes, se dedica a enviar y responder oficios. Como viene haciendo desde hace años, vuelve a pedirle, una vez más, al gobierno de Buenos Aires, gente, armas y recursos para mantener a las tropas y seguir con su campaña. Escribe afebrado, sin releer siquiera lo que anota. Su escaso ejército está en el estado más deplorable y con el mayor desaliento, desnudo, sin municiones ni armamento. Los soldados desertan noche tras noche y muchos oficiales, hombres ignorantes, egoístas y sin honor, que no sienten la causa que defienden, se pasaron al ejército enemigo. Los vecinos los miran con recelo. Las puertas y ventanas se cierran cuando pasa con sus tropas, y hay algunos que no contentos con darles la espalda, les rinden homenaje a los tiranos.

Intenta frenar la rabia que lo desborda. Recurre a su Dios para que lo ayude a lidiar con el enojo, mientras pasa horas inclinado sobre esa mesa tan endeble como su ánimo. Le escribe a aquel flamante amigo al que admira, José de San Martín, para anoticiarle que fue

completamente abatido en las pampas de Ayohuma, cuando más creía conseguir la victoria.

Hace algún tiempo que con San Martín intercambian correspondencia. Aunque no se conocen en persona, ambos se estiman. Comparten la adhesión a la causa de la patria y tienen los mismos enemigos.

Desde que llegó a Buenos Aires después de una brillante carrera militar en España, San Martín fue ganando prestigio y es uno de los pocos en quien puede confiar. Su participación en la revolución de 1812, que terminó con el nefasto Triunvirato rivadaviano y permitió el surgimiento del Segundo Triunvirato, fue decisiva para que finalmente se convocara la Asamblea General Constituyente del Año XIII. Fueron muchos los que como él y San Martín creyeron que era la gran oportunidad para declarar la independencia y reafirmar la decisión de librar una guerra a muerte contra España y redactar la Constitución soñada por Mariano Moreno. San Martín había creado el regimiento de los aguerridos Granaderos a Caballo, con los que había batido arrolladoramente a los realistas en el combate de San Lorenzo. Fue por entonces que empezaron a cartearse. Todavía compartían las mieles del triunfo porque él también había vencido a los godos en Tucumán. Las poblaciones lo recibían como a un general triunfador y como las perspectivas parecían favorables, tenía la esperanza de conquistar nuevas glorias. En aquellas cartas le había confesado a su nuevo amigo que ser militar no había sido vocación y que cada día le pesaba más cumplir con su obligación. También le contaba que, antes de emprender su marcha a Salta, le había pedido al gobierno que incorporase a San Martín a su ejército, y que se lo habían negado. Con generosidad, San Martín le había mandado unos cuadernos con consejos militares y le

recordaba que, en cualquier caso, él en Salta había conseguido una victoria muy valiosa.

Trata de mantenerse ajeno al desorden del campamento y al runrún de los soldados. Sabe que algunos traen mujeres, toman caña y andan viciados con los juegos de cartas, pero tiene demasiadas preocupaciones para atender esos asuntos. La dura realidad rebajó sus pretensiones morales que en otros tiempos lo habían llevado a sancionar a hombres clave como Güemes y Dorrego. Recién logra sentir cierto alivio cuando, quizás por primera vez, los del Triunvirato le dan una buena noticia y le anuncian que San Martín está yendo desde Buenos Aires hacia Tucumán con sus Granaderos a asistirlo como segundo jefe del ejército.

La novedad le regala el consuelo del llanto. Está enfermo de todo: del cuerpo y el alma. Lo que más quiere es conversar con su paisano de silla a silla, para poder reorganizar la estrategia y diseñar juntos un plan al que le cuesta por más de un motivo llamar “realista”. Pero está convencido, más allá de los calificativos, de que lo van a cumplir sin importar los obstáculos que se les presenten y que todavía están a tiempo de salvar a la patria.

No piensa en otra cosa y trata de calcular por dónde puede andar San Martín, que estima podría ser Tucumán. Se apura a escribirle para pedirle que, si es posible, vuele, que venga a ser no solo su amigo sino también su maestro y, conociendo la humildad de su correspondiente, ojalá se anime a ser su jefe. Termina la carta diciéndole que lo espera en Yatasto, a unas nueve leguas de la ciudad de Salta. Sabe que va a volver al mismo lugar donde dos años atrás recibió el mando de las ruinas del Ejército del Norte de manos de Pueyrredón y se le agolpan

los recuerdos, la reorganización de aquella andrajosa tropa, el éxodo jujeño, las victorias de Tucumán y Salta, y también las fogosas noches de amor con su amada María Josefa Ezcurra.

Vuelve a la realidad y sabe que ahora es un general vencido, enfermo y traicionado por el poder central. Pero también se dice que eso ya no importa. Con esperanzas renovadas, al día siguiente les anuncia a sus tropas que está viniendo a auxiliarlos un ejército de Buenos Aires al mando del coronel don José de San Martín. No está todo perdido. El sol brilla en lo alto y ya no lo hiere.

Belgrano acierta, San Martín está en Tucumán. La casa que le dieron allí tiene solo dos habitaciones con un patio, pero San Martín agradece la sombra. El calor en enero es asfixiante. Desde que llegó, anduvo agobiado. No sabe si su flojera es por el bochorno o la desazón que le dejó el viaje por esos caminos polvorientos y poblados de miseria que le recordaron los del norte de África. Esa tarde el asma le da una tregua y es la primera vez que se siente con energía.

En el cuarto que utiliza como despacho, se instala en su mesa de trabajo y abre el oficio del gobierno de Buenos Aires. Nomás empieza a leerlo, se frota con furia las abundantes patillas que le llegan al mentón.

—¡Son unos malparidos! —exclama arrojando la carta sobre el escritorio.

El oficio está firmado por Posadas, que se atreve a llamar a Belgrano “desgraciado” y le pide que le quite el mando del Ejército para ponerse al frente como general en jefe. Belgrano debe permanecer a sus órdenes en calidad de subordinado. Pero hay más: pretenden someter a su amigo a un tribunal militar por las derrotas de Vilcapugio y Ayohuma.

Lo acusan de haber perdido esas batallas por su falta de pericia como General y su modo despótico de tratar oficiales y tropas. Dicen que no permitió que sus jefes diesen órdenes, que le tenían miedo, y que tomó todas las decisiones sin tomar consejo de nadie.

—¡Qué sabrán estos cobardes impresentables lo que significa estar en el campo de batalla!

La furia no se le pasa. Si está allí es porque el Triunvirato le pidió que fuese segundo jefe del Ejército del Norte para auxiliar a Belgrano. Se cuidaron bien, los muy canallas, en ocultarle sus intenciones de pedirle la renuncia. Ya los iba conociendo. En un oficio anterior, Rodríguez Peña se había atrevido a decirle que mantener a Belgrano en su puesto los comprometía demasiado, porque había perdido la cabeza y atacaba a todos sus subalternos.

Desconfiaba tanto de estos personajes sinuosos que había dudado mucho en aceptar la misión encomendada, pero terminó aceptando la designación por el cariño que sentía por su amigo y para intentar salvar el Norte. De ningún modo se le había escapado que el ofrecimiento escondía las verdaderas intenciones del Triunvirato, que quería alejarlo de Buenos Aires y sacárselo de encima para dejarle el campo libre a las maniobras de su ex amigo Alvear.

San Martín no tiene dudas de que detrás de todas esas intrigas está el mismísimo Alvear, que ya no tiene tapujos en mostrar sus ambiciones y sus ansias de poder. Y para eso, ¡qué mejor ayuda pudo recibir que la de su tío Posadas!

El oficio de Posadas es “reservado”, con lo que está claro que nada le dijeron a Belgrano sobre su destitución y mucho menos sobre su juzgamiento. Belgrano posiblemente cometió errores y no tiene los

conocimientos militares de Bonaparte, pero San Martín lo admira y considera que es el hombre más metódico de los que conoce en América, lleno de integridad y talento natural.

El hipócrita de Posadas le pide que “cargue con esa cruz”, pero él no piensa reemplazar a Belgrano y menos que menos va a ser cómplice del Triunvirato. Los últimos fracasos se habrían podido evitar si ellos hubiesen atendido las advertencias de Belgrano, que pedía consolidar la defensa de la frontera norte y dejaba en claro que para lanzar una ofensiva sobre las fuerzas realistas del Alto Perú necesitaba que le mandasen refuerzos.

Pero ahora no hay vuelta atrás ni tiempo para cartas. Trescientas veinticuatro leguas recorrió desde Buenos Aires cumpliendo las órdenes de Belgrano, que estima que Pezuela va a perseguir lo que queda de su ejército hasta Salta, por lo que le pide que avance con la caballería para proteger la retirada. Tres semanas cruzando ríos y montañas por caminos ruinosos, reclutando hombres para fortalecer su escaso ejército.

Lo único que le preocupa es que Belgrano piense que él es un traidor. Se queda encerrado en la casa, como en un calabozo, hasta que le llega una nueva misiva de Belgrano: quiere que avance con algún escuadrón hasta Cobos a unas nueve leguas al oeste de la ciudad de Salta.

Nadie ve a San Martín hasta el amanecer, cuando sale para dar aviso a sus oficiales que deben continuar la marcha hacia el Norte.

El siguiente tramo del viaje es un galope furioso. Manda al grueso de sus tropas a Salta y él hace noche en la posta de Los Algarrobos con unos pocos soldados esperando recibir una orden de su jefe y amigo.

El río Juramento, que suele ser caudaloso, rápido y profundo, no tiene más que dos pies de agua en su mayor hondura. Belgrano calcula

que San Martín está próximo a llegar a Yatasto y manda un chasqui para pedirle a su camarada que, en caso de estar cerca, lo espere en la estancia de la familia Toledo y Pimentel, que está a la vera del Camino Real.

* * *

Las paredes blanqueadas de la hacienda refulgen bajo el primer sol de la tarde. Un changuito escucha los golpes en la tierra seca y ve acercarse una tropilla envuelta en una nube de polvo. Son los adelantados. Detrás de estos jinetes siempre viene el jefe con las tropas. Lo sabe porque su casa es lugar de hospedaje y descanso de muchos generales y viajeros. Corre hacia el interior de la casa. Los perros lo siguen y las gallinas se alborotan cuando comienza a dar voces:

–Coronel San Martín, ¡están llegando!

San Martín duerme la siesta. Antes de recostarse, le pidió al niño que le avise en cuanto los viese venir, y el niño cumplió con su palabra. Después de asearse rápidamente, se apura a salir al patio.

Belgrano ya está allí, sentado a la sombra de un árbol de copa generosa. Tiene la chaqueta apoyada sobre su regazo y está en mangas de camisa. Cuando ve aparecer a ese hombre alto, de tez cetrina y cabellos oscuros, se pone inmediatamente de pie.

Lo sorprende la juventud de San Martín a sus treinta y cinco años, sus espaldas anchas y su caminar tan erguido. Siempre supo que José es ocho años menor, pero al comparar su apostura con el ruinoso estado en que se encuentra, se siente un anciano. Son algunas de las consecuencias de más de dos años de guerra y varios más de disgustos.

Se estrechan la mano y cruzan miradas. La de San Martín es penetrante, los ojos grandes, de tan negros, renegridos. Los de Belgrano, de un castaño claro, acuosos y cálidos. Algo se agita en el aire, una emoción contenida, y ambos hombres se abrazan.

–Amigo querido.

–Don Manuel.

Después de compartir unos mates y los relatos de las derrotas, los desplazamientos y las últimas noticias del enemigo, San Martín se desahoga.

–Estos mierdas de los maturrangos y los chanchullos de los gobernantes no nos dan tiempo para pensar qué país queremos, qué vamos a hacer con esta hermosa tierra cuando seamos libres. Pero usted lo expresa muy bien en los artículos que me dio a leer nuestro amigo Monteagudo apenas desembarqué en Buenos Aires. Sus propuestas sobre la educación pública, obligatoria y gratuita, el fomento de la industria y el impulso de nuestra economía, me han parecido brillantes y necesarias. Desde esas lecturas lo vengo admirando como si lo conociera de toda la vida.

–Me honra... ¿puedo llamarlo compañero?

–¡Y cómo si no! Si eso somos.

–Compañero querido, no he hecho otra cosa que pensar la patria, soñar con un país nuevo, justo y libre.

Belgrano saca unos folios de su cartera y se los extiende.

–Creo que le van a ser de gran utilidad.

–¿Qué esto?

–El estado de la fuerza y el armamento que quedó. Más o menos, esto es todo con lo que cuenta, además de sus granaderos.

San Martín les da una mirada rápida. Es un recuento minucioso de hombres, fusiles, lanzas y municiones. Tan minucioso como solo puede hacerlo Manuel Belgrano. Niega con la cabeza.

–Es su ejército y yo su subordinado. Estoy a sus órdenes –dice levantando la vista para mirar a Belgrano con agudeza.

Los dos saben que hay algo no dicho. San Martín busca ser cortés y no cortante, pero se siente incómodo.

Belgrano se rasca la frente. Le cuesta seguir. Lo que menos quiere es importunar a su paisano.

–No hace falta dar vueltas al asunto. Le hablo con franqueza y espero que me confirme los rumores: usted vino a reemplazarme y para mí es un honor darle el mando del Ejército. Me puedo quedar con mi regimiento o de soldado, no me importa.

A San Martín lo conmueve la abnegación de Belgrano, pero lo irrita verse en esa situación. Intenta mantener un tono amable, aunque su voz se vuelve grave.

–Me alegra que sepa lo que traman los del Triunvirato porque me ahorra explicaciones. Eso pretenden, ¡pero yo no estoy de acuerdo y no pienso obedecer! –dice sin disimular su indignación–. Aunque sabían que usted quería quedarse en la retaguardia porque no tenía fuerzas suficientes, lo mandaron a avanzar, y ahora quieren responsabilizarlo de la derrota. Y me mandan a mí a sustituirlo, con lo cual consiguen lo que más les interesa: mantenernos a los dos bien lejos de Buenos Aires para manejar la política y los negocios en beneficio propio y de sus socios locales y extranjeros.

Belgrano recupera su espíritu de lucha y sus ojos se encienden. Está encantado de poder conversar sobre esos temas con San Martín y

descubrir hasta qué punto son aliados. En su correspondencia se había mantenido cauto porque no tenía muy clara la posición del Coronel al respecto, pero todo lo que manifiesta le da pie para seguir hablando.

—Cuénteme qué está pasando en Buenos Aires. Hace demasiado tiempo que estoy lejos. Me ilusioné con la Asamblea, pero ya ni siquiera la independencia se menciona. Lo único que recibo del Triunvirato es desprecio. No me mandan hombres, ni armas, ni alimentos para las tropas, y no nos pagan ni siquiera los salarios. Creo que se olvidaron de por qué estamos acá.

—¿De quién quiere que le cuente? Porque nos podemos pasar la tarde, sobre todo si empezamos por Alvear, que movió todos los hilos para ser designado general en jefe de las fuerzas de la capital y comandante de armas. Tuvo la “buena fortuna” —remarca San Martín con ironía— de que su tío Posadas haya decidido ignorar que su precioso sobrino tiene casi nula experiencia militar y que tanto título le queda grande por todos lados.

Belgrano se ríe.

—Veo que su viejo amigo es hoy su enemigo.

—Y sí, fuimos amigos, no lo niego. Siempre me conmovió su historia, haber perdido a sus seis hermanos y a su madre en un mismo día por el cañonazo inglés que hizo explotar el barco español en el que viajaban, lo hace merecedor de compasión. Pero más allá de esa desgracia, él fue padrino de mi boda con Remedios, fundamos la Logia, derrocamos al Primer Triunvirato por centralista, ¡y resulta que ahora es el más centralista de todos! Aunque no es solo Alvear, puedo contarle también de otros falsos amigos de la revolución, que nos mandan a luchar mientras siguen enriqueciéndose mediante el comercio con los ingleses.

—De esa clase de gente por acá hay mucha. No comercian con los ingleses, aquí lo hacen con los españoles y esta guerra les complica sus negocios. Se quejan porque no pueden mover a sus animales y disponer de sus tierras. Pero dejemos toda esa codicia y mezquindad para ellos. Le pido que sea generoso conmigo y reconsidere su posición en este ejército. Usted tiene más conocimientos militares que yo, eso lo sabemos los dos, pero además puede utilizar todo lo que sabe para ordenar a las tropas, instruirlas y moralizarlas.

—Lo que me pide puedo hacerlo como segundo jefe y que el ejército siga bajo su mando. Aunque creo que eso no es lo más importante, sino decidir cómo seguimos.

—Odio decirlo, pero hay que apurar la retirada. No estamos en condiciones de atacar.

—Volvamos a Tucumán entonces. Ahí nos podemos preparar y puedo ocuparme de los soldados. Le digo esto porque estuve analizando el terreno y creo que por el Norte no vamos a poder avanzar. Ahí hay un joven oficial salteño que conocí en Buenos Aires, en casa de Remedios, y nos puede ser de mucha ayuda. Conoce como nadie el terreno y fue el verdadero artífice de la victoria de Suipacha. Es tan corajudo que durante las invasiones les tomó a los ingleses un barco a caballo. ¡Y no cualquier barco, la nave insignia de los invasores, el Justine, con 122 tripulantes y 22 cañones! Se llama Martín Miguel de Güemes.

San Martín le confía luego su más guardado secreto, un plan que parece una locura, una hermosa locura: avanzar por Chile.

Mientras comparten más mate y algo de pan, se lo cuenta con detalle y manifiesto entusiasmo. Hace días que viene pergeñándolo con su

flamante amigo Guido. En el Norte, mientras tanto, pueden implementar con Güemes una guerra de guerrillas, como la que se utilizó contra Napoleón en España y que él pudo ver de cerca. Acosar a los invasores, aparecer por sorpresa y desaparecer. La estrategia parece hecha a medida para el coraje de sus paisanos.

Belgrano lo escucha fascinado. Los dos son buenos conversadores y abundan en detalles, referencias, lecturas que compartieron sin saberlo, quejas sobre el gobierno central y esa soledad que no deja de acompañarlos.

Chillan los loros, los gallos y las gallinas se acomodan sobre los árboles para pasar la noche, y cuando oscurece ya tienen decidido que van a frenar la ofensiva y que se pondrán en marcha hacia la ciudad de Tucumán, donde San Martín va a instruir y disciplinar a las tropas.

A la mañana siguiente, San Martín se levanta al alba, como de costumbre. Los soldados que pasaron la noche en un costado de la casa, uno al lado de otro, durmiendo sobre sus monturas, se levantan para ir al corral y preparar a los caballos. Les ponen los frenos, los cueros, pieles y cinchas que les sirvieron de cama. El Coronel y su reducida tropa parten a Tucumán. Belgrano los seguirá algunos días después. Están empezando a escribir otra historia.